

Estampas de Yucatán en 1933

Luis de Oteysa

Mientras mi marcha había sido por las calles de Nueva York, con Rivera al lado relatándome las historias en serie, el pergamino del cacique maya no dejó de repetirme su palabra impulsadora. Pero cuando marché ya por el mar, emprendida verdaderamente mi expedición, la voz del trozo de piel de venado pasó a ser sólo un crujido. El crujido de algo seco, de algo rígido, de algo que tenía la sequedad de lo muerto y la rigidez de lo fosilificado. [sic]

Y olvidé cuanto de verdadero me había sido referido, para no recordar sino aquello otro que únicamente se basaba en suposiciones, encontrando tales suposiciones absurdas, además. Ello se debía al modo como iba navegando hacia tierras inexploradas en busca de tesoros fabulosos, que no era —¡ni con mucho!— la manera clásica de hacer semejante navegación. El *Orizaba*, de la Ward Line, estaba dotado de tantas comodidades, de tantos lujos, y conducía un pasaje tan distinguido, que no se podía pensar en ir así y con esa compañía a un viaje de aventuras.

El camarote, amplio y bien amueblado, con su cuarto de baño contiguo. La sala de baile, decorada ricamente, adornada con plantas y teniendo su tribuna para la orquesta. El comedor, como de restaurante a la moda, con sus mesas separadas, sobre las que lucían lamparitas y perfumaban búcaros de flores. El fumadero, la biblioteca, los saloncitos de recreo y de conversación. Luego, las cubiertas, encristaladas unas, con recios sillones de cuero, y abiertas otras, con ligeras sillas de junco, que eran miradores y terrazas sobre las olas. Y la maquinaria formidable que trepidaba en el interior del barco, prometiendo conducir pronto y seguramente.

Yo, al salir de España, yendo a Cádiz, había pasado por Sevilla, cuya Exposición visité. Y allí vi la reproducción exacta de la carabela de los descubridores de América. En aquello se navegaba para ir a explorar regiones ignotas y a conquistar fantásticas riquezas. En aquello, ¡que ni se parecía siquiera al palacio flotante en que navegaba yo! Los galeones

Luis de Oteysa. Español. N. 1883. Fue un destacado periodista de izquierda y poeta menor del Modernismo español. Embajador de la República Española en Caracas en 1933. Se exilió en Cuba después de su caída. En este texto narra su encuentro con Yucatán en los años treinta.

antiguos y los modernos transatlánticos no podían llevar a idénticas finalidades siendo tan diferentes.

Ni conduciendo gentes tan distintas. Mis compañeros de navío eran turistas, y turistas norteamericanos, del país donde, para ocultar la mezcla de razas, se extreman las exterioridades de la pura raza anglosajona. *Gentlemen* correctos, *ladies* delicadas y *girls* espirituales, que borraban las diferenciaciones de las edades y de los sexos en competencia de elegantización. Y todos, los viejos y los muchachos, las señoras y las señoritas, iban haciendo la travesía con ese regocijo un poco pueril característico de los ciudadanos estadounidenses cuando se lanzan a divertirse. Deporte por la mañana, juego por la tarde, baile por la noche y *flirt* y *drinks* a todas horas.

No, no se parecían a ésos los pasajeros de los barcos que iban donde yo y a lo que yo. Hombres, sólo hombres y únicamente hombres hechos y derechos. Ni ancianos bondadosos ni chicos alegres que pusieran notas de dulzura y de júbilo en el recio sonar de las armas. Rudos varones no más, feroces y sombríos como hierofantes del culto guerrero. Que se arrojaban, además, a pelear por el oro con la desesperación del hambre. Porque eran pobres, muy pobres, en extremo pobres todos. El propio adelantado de Yucatán, al entrar en México, solamente poseía media cabalgadura.

Sabido es que la yegua de Montejo pertenecía por mitad a su auxiliar Alonso de Ávila.

Comparando el pasado con el presente, llegué a suponer que Hernán Cortés, si en lugar de ir en las naos de que disponía Diego Velázquez y con los aventureros a los que no pudo saciar la conquista de Cuba, va en barcos como el *Orizaba* y con un pasaje del género que la clientela de la Ward Line constituye, no se decide a quemar navíos tan buenos cuando desembarcó, o ni siquiera desembarca, para poder seguir disfrutando de tan agradable compañía.

Pero qué mucho de los barcos y los navegantes del ayer y del hoy no fuesen iguales, si no eran lo mismo el mar ni eran lo mismo las costas...

Alcanzábamos ya el canal de Bahama, y aquellas olas, cuyos encrespados frentes hendieron por primera vez las audaces quillas de los viejos galeones, no podían ser las aguas solitarias de un piélago misterioso, puesto que innúmeras embarcaciones se seguían y se cruzaban constantemente, formando cadenas sin fin en la frecuentada ruta. Y la tierra de la península de la Florida, que íbamos bordeando, tampoco podía tener ni la selva cerrada, ni el páramo desierto, ni el abrupto peñascal, porque doquier alcanzaba la vista se aparecían terrenos cultivados, caminos tendidos y edificaciones de pueblos y hasta de grandes ciudades. Otro, por



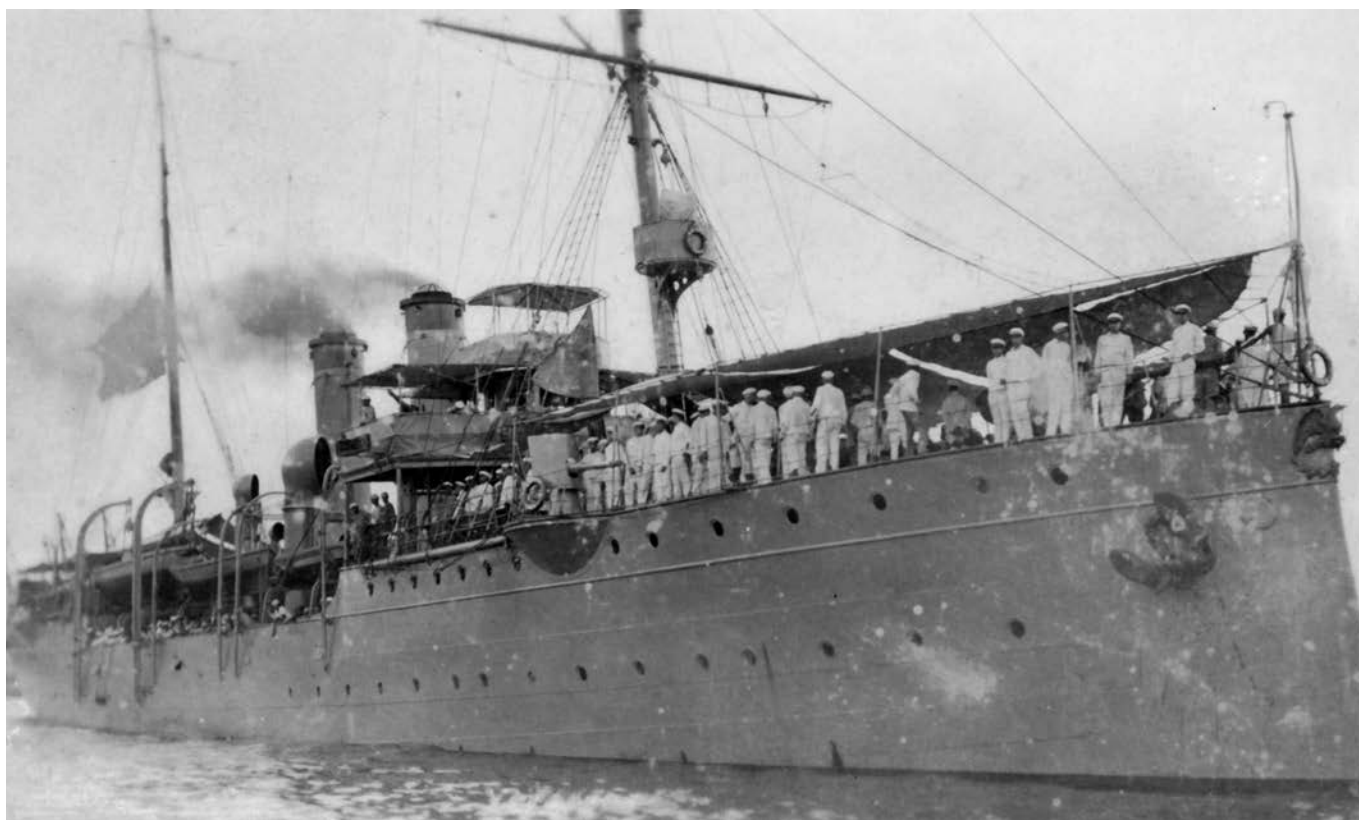
completo otro, era el mar, y las costas eran otras, otras absolutamente.

En el puerto de La Habana hicimos la entrada de noche. Noche tropical, sí. Resplandecía el cielo, transparente, con las estrellas que lo esmaltaban de luces, como encendido joyel. Pero bajo ese cielo así iluminado, otra iluminación más brillante aún, y policroma además, vencía a las luces celestes. El paseo del Malecón, con sus arcos voltaicos, las ventanas de sus casas enlamparadas y las carteleras de sus anuncios impresos en bombillas de colorines, daba una visión que ya no era la de la América de los descubridores, sino la de la América de los civilizantes. La archiurbanizadora vía de Broadway, en la isla de

Manhattan, mejor que el fondeadero de piraguas de San Salvador, en la isla de Guanahaní.

Luego, mi estancia en la capital cubana consolidaba la impresión que recibí al llegar a su puerto. La Habana es una ciudad moderna, modernísima. Ha sido rehecha en los treinta años anteriores, y sus edificios están a la última moda, por decirlo así. Y si en el centro de la población se conservaron las antiguas construcciones, como las de la plaza de la Catedral, fue sólo aquellas que constituían joyas arquitectónicas. Por eso son únicamente, para la moderna ciudad, lo que para una muchachita elegante el medallón y los brazaletes de su abuela: un adorno más que un recuerdo.

Paquetebote, ca. 1930.
Archivo Luis Ramírez Aznar.



Y si tan poco queda de la inicial colonización, de la vida aborigen queda menos. De los siboneyes, ni el rastro. Su raza se extinguió hace varias centurias, y el cubano que no es de origen español es de origen negro. O mezcla de ambas castas, que es peor todavía. Pero no se trataba entonces de lamentar el amulatamiento de los cubanos. Otra cosa era más lamentable para mis ilusiones en trance de desvanecerse.

Estaba ya en las Indias a que fueron Colón y sus seguidores. En las Indias de los tesoros del Gran Kan. Y allí no había ni señales de indios. Menos habría trazas siquiera de tesoros.

Siguió mi viaje cual antes, poco más o menos. El *San Jacinto* no era tan lujoso barco como el *Orizaba*, ni sus pasajeros tan distinguidos personajes como los turistas norteamericanos; pero diferían el uno y los otros, respectivamente, mucho aún de una tosca carabela y de sus tripulantes féreos. Y todavía algo desilusionador en absoluto me ocurrió durante esta parte del viaje.

El pasaje del *San Jacinto* en su mayoría estaba formado por yucatecos. Procedentes de otras naciones de América y hasta de las naciones de Europa, en el puerto de La Habana se concentraban para tomar el navío que a su país conducía directamente. Volvían de viajes de negocios o de recreo. Así un simpático señor, que tenía yo por compañero de camarote y

con quien la estrecha convivencia me hizo intimar. Hubo de referirme que venía de París, donde todos los años hacía una escapadita, para descansar de los trabajos que la administración de sus fincas henequeneras le daban y para gastarse alegremente el dinero que del henequén sacaba asimismo. Yo correspondí a sus confidencias lo mejor que, sin traicionar el secreto de Rivera, pude.

Y fue que, al decirle yo que iba a Yucatán para ver las ruinas y para conocer a los mayas, me preguntó:

—¿Le interesa conocer a los mayas?

Contesté que sí, que mucho, que consideraba la raza del Mayab interesantísima.

—Vaya, hombre —me dijo—; pues... ¡ya me conoce usted a mí!

—¿A usted?

—A mí, sí, señor. Yo soy maya. Maya puro.

Me quedé absorto mirándole. Pero no porque contemplase sus rasgos fisonómicos, un poco extraños nada más; ni el color de su piel, sólo algo más dorada que la de cualquier blanco; ni lo lacio y lustroso de su cabellera, que únicamente le hacía peinarse mejor que yo. Lo que miraba con pasmo era su indumentaria, confirmadora de lo que respecto a sus costumbres me había dicho.



Porque estaba embarcado y en un mar del trópico, vestía chaqueta fina de franela, pantalones de hilo, zapatos de lona y gorra de piqué. Pero ¡como el europeo que tenga el mejor sastre! Y que a la excelencia del sastre parisino o londinense añada la de los otros proveedores que completan el masculino vestir.

Una camisa impecable, calcetines de seda calados, la corbata buena, bonita y primorosamente anudada, el cinturón con hebilla de esmalte, el reloj de pulsera de oro, como el encendedor... Era, sí, un elegante caballero, gala de los grandes bulevares, flor del Bosque de Bolonia y provecho de los *cabarets* de Montmartre. ¿Un indio maya?

Pues siendo los indios mayas de esa especie, guardando iban a estar el tesoro de Cuauhtémoc... Ya se habrían apresurado a sacarlo de su escondite, a trocarlo por billetes de banco o por cartas de crédito, para mayor comodidad, y a correr a París, empleándolo en pagarse los placeres de la más refinada civilización. Como hacía con sus rentas aquel descarado, ¡que se estaba riendo de mí!

Ante el asombro, que yo no podía ocultar, él me preguntaba, burlón:

—¿Esperaba usted que, por ser maya, llevase taparrabos y plumero?

—No, no es eso —respondí, confuso—. Pero no creía que

Cobá, ca. 1980.
Archivo Luis Ramírez Aznar.



un indio, digo, que un maya, ocupase una posición como la suya.

—¿Como mi posición?... Mi posición no es sino la de un hacendado más o menos rico. Otras posiciones de mayor altura alcanzamos en el Yucatán de los mayas, los indios, si usted quiere. La más elevada de todas, el puesto de gobernador constitucional del Estado soberano, actualmente un maya lo ocupa. El profesor don Bartolomé García Correa pertenece a la raza maya, sin tener mezcla de ninguna otra. Y eso no le impide ser un gran político, un eminente estadista.

Con esta última revelación llegué a la indiana tierra, donde había de conquistar el tesoro de sus aborígenes, convencido de que, entre los tiempos en que eso se hacía y la época en que pretendía hacerlo yo, tan disímiles como los barcos y sus dotaciones, el mar y sus costas, eran el territorio y sus naturales.

Y para afirmarme más y más en mi convencimiento desesperanzador, tras de desembarcar en el muelle del puerto de Progreso, marché hacia la ciudad de Mérida por una carretera admirable, ocupando un soberbio automóvil propiedad de aquel indio, que lo puso a mi servicio con gentileza aristocrática y que

lo conducía personalmente con pericia de perfecto *sportman*.



Quien conozca cualquier ciudad de segundo orden de Andalucía —Linares, Antequera, Lora del Río, Medina, Sidonia...— conoce Mérida del Yucatán. Las mismas calles de aceras estrechas y arroyo polvoriento; las mismas casas de uno o dos pisos, con rejas forjadas en los balcones; las mismas iglesias, construidas con oscuras piedras, enjalbegadas torpemente; los mismos palacios de gran portal, ostentando un escudo labrado encima... El hotel Itzá, donde fui a alojarme, tiene su patio correspondiente, con su también correspondiente fuentecita y las no menos correspondientes macetas en torno, al que abre sus puertas el comedor y sobre el que se asoman las galerías de los cuartos. Instalado en tal fonda de semejante población, podía crearme huésped de la Comisión de festejos de alguno de los aludidos pueblos andaluces en los días de feria.

Tanto podía crearme esto, cuando que, a la tarde siguiente de mi llegada, que cayó en domingo, vi cruzar el zaguán de la hospedería a un grupo de toreros en traje de luces. Iban a la Plaza de Toros, que también la tiene Mérida, lo mismo que todas las ciudades, con pretensiones de serlo, en el sur de España.



Ni nuestra fiesta nacional faltaba allí, para hacerme suponer que donde había ido era a las provincias meridionales españolas.

Claro que en la capital del Yucatán vi indios y que no hallé a todos ocupando la culminante posición del gobernador ni la posición desahogada de mi compañero de viaje. Los hay que se entregan a más humildes menesteres, actuando de empleados, de dependientes, de tenderos, de criados, de obreros, de limpiabotas, de vendedores ambulantes, etc., etc. Pero aun éstos no se diferencian apenas de los menestrales que, en nuestras provincias del sur, practican trabajos análogos, incluyendo a los labradores. Más morenos no son que los quemados por el sol andaluz, y únicamente sus facciones un poco... En realidad sólo el vestir los distingue, pues usan trajes blancos y sombreros de paja, calzando simples suelas atadas al pie desnudo. Mas, en compensación, están todos afiliados a las ligas de resistencia del partido socialista, siendo así ciudadanos conscientes por completo.

Al encontrarme en una ciudad de esa clase y entre ese género de pobladores, mis esperanzas muertas no resucitaron. Pero, en fin, ya que había llegado hasta allá, continuaría hasta el señalado término, para que no pudiese quejarse mi socio de que dejé sin cumplir las condiciones de nuestro contrato. Y como la empresa



Kohunlich, ca. 1985. Archivo Luis Ramírez Aznar.

seguiría siendo —según había sido hasta entonces y según anunciaba serlo en adelante— fácil, cómoda y divertida...

Iría a Quintana Roo, en ferrocarril desde luego, pues de seguro existía un camino de hierro, y, acaso, teniendo una estación a la orilla misma de la laguna de Nohbec, atravesaría ésta en alguna lancha de alquiler, porque no dejaría de haberlas como las hay en el estanque del Retiro, y entrando en el templo maya, habilitado de tiempo atrás, sin duda, para el culto católico, le pediría al sacristán que me permitiera golpear la pared izquierda de la capilla consiguiente. Si la pared sonaba a hueco, el propio sacristán me ayudaría a hacer un agujero, por donde miraríamos y veríamos que no había nada, ya que el párroco se habría llevado mucho antes cuanto pudiera haber. Eso sería todo.

Después, sólo quedaba volverme por donde fui e ir a decirle a Rivera que, desde que el cacique yucateco pintarrajeó aquel pergamino, las cosas habían cambiado de tal modo en el Yucatán, que buscarlas ahora como estuvieron entonces era perder el tiempo y el dinero.

Iría, además, al territorio de Quintana Roo, llegando hasta la laguna de Nohbec y visitando todos los templos que por allí hubiese, porque no podía dejar de hacerlo sin hacer el ridículo. Pues Rivera, para facilitar

el desarrollo del plan que me había trazado, influyó con un redactor de la *United Press*, haciendo que se cursase la noticia cablegráfica de que el ilustre arqueólogo español Fernando Sánchez Altuna embarcaba en Nueva York con rumbo a Progreso, desde donde se internaría todo lo que pudiese, a objeto de estudiar las ruinas mayas más remotas. Y el *Diario de Yucatán* había publicado el despacho a su debido tiempo, y en cuanto supo, por el registro de viajeros del Itzá, que yo llegué a Mérida, destacó un reportero con encargo de que me tomase una interviú.

El reportero cumplió su cometido estupendamente. Yo fui el que no debí estar muy a la altura de mi papel de especialista inerviuvado, porque de arqueología en general sé aún poco, y en particular de ruinas mayas no tenía entonces ni idea de cómo pudiesen ser. Pero mis faltas las suplió el entrevistador haciéndome decir cuanto él sabía de la materia, según es costumbre en casos tales. El periodístico trabajo quedó bastante completo, ilustrado con una fotografía mía y del reportero, tomada en el patio del hotel, y unos clichés, ya usados otras veces, que reproducían el Templo de los Guerreros de Chichén Itzá, la Casa del Adivino de Uxmal y el Castillo de Tulum. Cuando lo vi publicado me satisfizo mucho.

Como he dicho, esto me impulsó para que continuase la marcha. Y he



de añadir que contribuyó a que me dispusiera a continuarla más animado. Tenía yo un poco de pena en ganar el sobrante de los fondos destinados a la expedición con demasiada facilidad. Pero por las noticias que el reportero daba —;me las daba a mí, que debí habérselas dado a él!— el viaje a Quintana Roo no era tan sencillo. Únicamente existía ferrocarril, en un trayecto de cuatro horas, hasta Peto. Después había que ir días y días a lomo de mula, por selva cerrada y expuesto a cualquier atropello de los indios independientes. Se me confirmaba que aquel territorio seguía entregado a los mayas rebeldes cuando la Guerra de Castas, y que éstos vivían casi como en tiempos de la Conquista. Al menos, en lo referente al abandono de todo cultivo del suelo, de toda vía de comunicación entre sus poblados, de cuanto significase higiene y aseo en éstos... Posiblemente, también por lo que se refería a la barbarie de sus costumbres, retrogradados, con el aislamiento, en crueles, en feroces... El resto de mi viaje, pues, tendría fatigas que sufrir y peligros que afrontar. Esto ya digo que me animó, aunque sólo por lo indicado, no porque volviese a creer en que encontraría el tesoro.

Y todavía la publicación de ese trabajo en el *Diario de Yucatán* produjo algo que me animó en grado más subido... 